COMEDIA.

EL HUÉRFANO INGLES, Ó *EL EVANISTA.*

EN TRES ACTOS.



CON LICENCIA.

MADRID: AÑO DE 1796.

Se hallará en la Librería de Quiroga, calle de la Concepcion Gerónima.

ACTORES.

Ricardo Fric, Evanista.
Ricardo, su Yerno.
El Marqués de Leicestér.
Guillermo, Criado.
Moli, hija de Fric, muger de Ricardo.
Selvi, Criada.
Un Notario.
Un Niño.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa obrador, ó taller interior de un Evanista: Ricardo sentado junto á una mesa en que hay papeles, regla, y compas, de cuyos instrumentos usa ántes de hablar.

Ric. He concluido mi plan,
y dixera que está bueno;
pero la alabanza propia
envilece los sugetos.
Lo mejor será pasar
á mostrárselo á mi suegro,
y saber su parecer,
sin embargo de que temo
que fácilmente le apruebe,
por el amor que le debo.
El favor de los amigos
sirve en estos casos, menos
que la critica sangrienta
de los enemigos nuestros:
mas es la desgracia, que esta
nos manifiesta el defecto
de modo que nos afrenta,
y llega siempre sin tiempo;
pues publicadas las obras,
no hay en el error remedio.
¡Qué feliz seria el siglo,
si los hombres de talento
instruyesen al que yerra,
sin ánimo de ofenderlo!

Sale Fric en trage de Evanista.

Fric. ¿Ricardo? *Ricar.* Padre, y Señor.
Fric. ¿En qué te diviertes? *Ric.* Tengo
hecho el plan de la tribuna,
y estaba ahora discurriendo
en pasarle á la censura
de usted. *Fric.* A verle. Está bueno.
Seguramente, Ricardo,
no hay Evanista en el Reyno
que pueda hacerle mejor.
Estos dichosos efectos
produce tu aplicacion.
Estoy loco de contento:
abrázame muchas veces.
¿Dime has hecho ya el tanteo
de su costo? *Ric.* Sí Señor:
sobre poco mas, ó menos,
son novecientas guineas.
Fric. ¡Novecientas! ¿cómo es eso?
Tú lo has ajustado en mil,
si del contrato me acuerdo;
y en una obra de tres años,
es muy poco ese provecho.
Ric. Con él iremos pasando,
mientras nos envia el cielo
mejor proporcion. *Fric.* Y en tanto,
amigo, tambien tendrémos
economía tan grande,
que toque ya en el extremo
de miseria: tus dos hijos
poco á poco van creciendo,
es natural tengas otros
y si llegamos á vernos
con quatro, ó cinco muchachos,
y sin pan, estamos buenos.
Ric. No me es posible adoptar
al ingenio de otros Maestros
que pierden la estimacion,
quando ganan el dinero.
Obras públicas como esta

 tie-

tienen mas seguro el premio,
si el artifice no mancha
con intereses su esmero.
Los que vean la tribuna
preguntarán quien la ha hecho,
y quanto costó : y si yo
llevase mucho mas precio
por su construccion, dirán
infinitos al saberlo:
buena está; pero tambien
es buen ladron el Maestro.
No, padre mio: midamos
la estimacion, y provecho.
Fric. Dices bien: esa virtud,
y honor de tus pensamientos
justifican mi fortuna:
me ha recompensado el cielo
mis afanes, y fatigas
benignamente, pues veo
á Moli, mi amada hija,
casada con un sugeto,
en quien no he mirado cosa,
que no me sirva de exemplo
de admiracion, y de gusto.
A tu imitacion mis nietos
serán muy hombres de bien,
aplicados, y modestos,
de forma, que su crianza
sobre principios tan bellos,
colmará de bendiciones
la memoria de su abuelo.
¡Qué felicidad tener::!
me enternezco, me enternezco.
Ric. ¡O Padre mio! Nosotros
vivamente pediremos
á Dios, que haga á usted testigo
por muchos años de nuestro
feliz estado. *Fric* ¿Quien entra?
Sale Guill. Buenos dias, caballeros.
Ric. y Fric. ¡Señor Guillermo!
Guill. No saben *ap.*
la malicia con que vengo.
¡Pobres hombres! La Condesa
me ha entregado unos dineros,
á fin de que pague á usted,
Señor Ricardo, aquel resto
de la última cuenta. *Ric* Bien.
Guill. Mi Ama gasta mucho tiempo
en visitas, y funciones,
y son pocos los momentos,
que destina á estos negocios;
que sino fuera por esto,
ya habria pagado á usted;
mas este es un privilegio
antiguo de los Señores
de calidad, cuidar menos
de aquello que importa mas,
pagar tarde, y cobrar presto.
Ric. No todos lo hacen así;
porque hay muchos caballeros,
que á los que saben servirles
anticipan su dinero.
Guill. Para algunas obras, sí.
Fric. Las que en mi taller hacemos
Ricardo, y yo, no son otras
que las propias del modesto
exercicio de Evanista.
Guill. ¿Y que quiere decir eso?
Fric. Que nos tiene muy distantes
nuestra aplicacion, y anhelo,
de censurar la conducta
de nobles, y de plebeyos.
Guill. Perdone usted, Señor Fric.
Disimulo, que en efecto *ap.*
todo saldrá en la colada.
Ric. Cabalmente en ningun tiempo
será mas útil que ahora
esa cantidad; pues tengo
una obra grande que hacer,
y podré acudir con eso
á los gastos. *Guill.* ¿Y quánto es
(si teneis presente) el resto?

Ric.

Ric. Cinqüenta, y cinco Guineas,
pues la cuenta que en Febrero
ajustamos, importaba
sesenta y cinco, y yo creo
que entonces recibí diez.
Gui. Dice usted bien: esto es bueno. *ap.*
Veinte tomó ¡Qué bribon!
Pero todo esto es muy bello
para mi Ama la Condesa.
Señor Ricardo, contemos.
Ric. ¿Quiere usted decir á Moli; *á Fric.*
que me traiga aquel quaderno
de cuentas, que está en mi quarto?
Fric. ¿Por qué no? voy al momento. *vase.*
Sobre la mesa cuenta Guillermo el dinero, y se entrega de él Ricardo, dando tiempo á que salga Moli.
Guill. Cinqüenta y cinco cabales;
si usted no está satisfecho,
podrá volver á contarlos.
Ric. Pagado estoy, y contento.
Sale Moli Ricardo, aquí está tu libro.
Le toma Ricardo, se sienta, y lee.
Guill. Si ellos no salen del Reyno,
¡pobre Condesa! Mas yo
sabré zurzir el enredo.
Señorita, cada dia
está usted mas bella. *Moli.* Aprecio
el favor de usted. Ricardo
me suele decir lo mesmo
muchas veces, que es á quien
parecerle bien anhelo.
Guill. ¿Y á nadie mas? *Moli.* No Señor,
con enfado.
á ninguno mas. *Ric.* ¿Qué es eso?
Moli. Nada: mira tú tu libro.
Ric. En veinte y uno de Febrero
recibí veinte Guineas:
tome usted, Señor Guillermo,
diez: supuesto que son veinte
las que recibidas tengo.
Guill. Malo, que es hombre de bien. *ap.*
Quedamos en paz. *Ric.* Es cierto.
Guill. Pues la Condesa me ha dicho
que usted, su muger, y suegro
vayan á verla al instante.
Ric. ¿A su Excelencia? ¿Qué es esto?
¿Está quejosa de mí?
¿Le faltó mi rendimiento
en algo? Porque pagarme,
y mandar llamarnos luego
¿qué puede ser? *Moli.* ¡ Ay Ricardo!
Ric. No te asustes. *Guill.* Bueno, bue-(no.
bien se conoce que ustedes
no han conocido su genio.
Es la muger mas benigna
que se hallará (en el infierno) *ap.*
en todo el mundo. Ella vé
el virtuoso manejo
de ustedes, y reconoce
que es un alivio pepueño
darles de valde esta casa,
en que ha dos años y medio
viven, contigua á la suya;
con que, segun yo comprendo,
quiere que el Señor Ricardo
ilustre su buen ingenio,
viajando toda la Europa,
para que observando, y viendo
los mejores obradores,
y Evanistas de otros reynos,
se vuelva á Londres, tal vez
superior á todos ellos.
Moli. Diga usted á la Condesa
que yo la estimo el consejo:
que el viajar cortes, y andar
vagando de pueblo en pueblo,
será mas util al Conde
su marido: y con todo eso,
si yo fuese á proponerla
que se ausentase, sospecho
que no me lo agradeciera.

 Guill.

Guill. En contrario hay un exemplo.
Mi Amo vá de Embaxador
á Dinamarca ; y yo creo
que no ha pensado en seguirle;
pero ese estorvo es pequeño;
pues con doscientas guineas
anuales, que por lo menos
dará á ustedes la Condesa,
podrá llevar á su suegro,
á su muger, y á sus hijos
el Señor Ricardo. *Ric.* Debo
mirar con mas atencion
de unos, y otros el sosiego,
y tampoco me es decente
hacer falta á los sugetos,
á quien ofrecí servirles;
sé contentarme con menos:
y por ser algo mas rico,
no abandono lo que quiero,
ni he de darles malos ratos:
pero sin embargo irémos
á mostrar á su Excelencia
nuestra gratitud, y afecto.
Moli. ¿ Y á nosotros qué nos falta?
Nada: estamos tan contentos
con nuestra suerte, que es fácil
que no nos acomodemos
á trocar con la Condesa.
Guill. Usted ha perdido el seso,
Señora Moli; conque
hablando con fundamento,
¿no quiere usted ser Condesa?
Moli. Lo fuera sin otro objeto
que el de ser Conde Ricardo.
Guill. ¿Y usted gustaria serlo?
Ric. No, por mi vida. *Guill.* ¿Por qué?
Ric. Porque no pudiera hacernos
mas felices; ademas,
que si gasté tanto tiempo
en aprender á Evanista,
y no de los mas perfectos,
¿ quánto echára en aprender
á ser Conde? *Guill.* ¡Qué tremendo
disparate! Yo me rio.
¿Sabe usted si en algun reyno
hay aprendices de Condes?
Ric. No hay : pero debiera haberlos.
Las obras de un Artesano,
quando salen con defectos,
tienen el justo castigo
de tratarlas con desprecio
los que las mandan hacer,
y retienen su dinero,
conque el perjuicio resulta
únicamente al Maestro.
Y si para aquellas obras,
que se exâminan, primero
que se paguen; se requiere
práctico conocimiento
del que las hace, y exâmen
de su persona, y talento:
para las de algunos Condes
que son de mayor provecho,
ó deben serlo al estado;
¿por qué razon no ha de haberlo?
Toma, Moli, llevale
á tu padre este dinero.
Moli. Dame; pero entra al instante,
pues llevo un desasosiego
indecible. Esta Condesa
tiene malos pensamientos
como sabes, y tal vez::
Ric. No empieces ya con recelos.
Sale Selvi. Señora, sírvase usted
de entrar al instante adentro,
porque con los dos muchachos
me falta ya el sufrimiento.
Moli. ¿Pues qué hacen, Selvi?
Selvi. Llorar.
Guill. ¿Y que se le dá á usted de eso?
Mañana tendrá marido,
y á los dos años primeros

tal vez otros dos muchachos;
y le será de provecho
el estar acostumbrada
á verlos hacer pucheros.
Selvi. El anuncio de marido,
por hacerle usted, le acepto,
pero en punto de chiquillos
no, no; ni oirlos, ni verlos.
Moli. Vamos. *vanse.*
Guill. Por lo que hace á Moli,
no tuviera sentimiento
en que se quede:-sus ojos:-
mi corazon::-malo es esto;
si se arde la chimenea,
se vino la casa al suelo.
Ric. ¿ El Marques de Leicester,
hermano (y buen caballero)
de la Señora Condesa
llegó antes de ayer? *Guill.* Es cierto.
Ric. Iré á besarle la mano,
y á ofrecerme como debo
por su criado *Guill.* El Marqués
no gusta de cumplimientos.
¿Le conoce usted? *Ric.* Yo no:
pero me ha dicho mi suegro,
que le debe muchas honras,
y es fuerza que acreditemos
que somos agradecidos.
Guill. Mal semblante ván poniendo *ap.*
estas cosas; si el vá á verle,
y se descubre::-mas esto
no puede ser. ¿Qué he mirado?
¡Ay pobre de mi! Esto es hecho.
El Marqués entra aquí.
Ric. ¡Cómo! ¿El Marqués?
Guill. Ni mas, ni menos.
El sabe que la Condesa::- *ap.*
No puedo huir. ¡Pobres huesos!
Sale Marq. Me alegro de hallarte: vete
á la tienda unos momentos,
y espera allí. *Guill.* Bien está. *vase.*
Marq. ¿Y Fric? *Ric.* Estará allá dentro.
Permítame Vuecelencia,
que me ofrezca á su respeto
con la mayor humildad.
Marq. ¿Pues quién eres? *Ric.* Soy el Yerno
del Señor Fric. *Marq.* ¿Quien? ¿Ricar-
Ric. Si Señor, criado vuestro. (do?
Marq. ¿Qué tiempo hace te casaste?
Ric. Unos quatro años y medio.
Marq. ¿Tienes hijos? *Ric.* Si Señor:
dos varones. *Marq.* Malo es esto. *ap.*
Y dime ¿con tu familia,
y tu suerte estás contento?
Ric. ¡Ay Señor Excelentísimo!
Parece que ha unido el cielo
las virtudes, el candor,
la hermosura, y el talento
para mi felicidad;
y el estado en que me veo,
sin duda que la fortuna
le mide con mis deseos.
Marq. Mas dificultad. No obstante *ap.*
conviene hacer el cotejo
de unas noticias con otras.
Ricardo, dile á tu suegro
que venga, pues quiero hablarle;
y de paso, dí á Guillermo
que salga aquí.
Ric. Voy al punto. *vase.*
Marq. No Puede engañar su aspecto
ni su estilo:- él es sin duda.
¿Mas que haria aquí Guillermo?
¡Qué bribon! *Sale Guill.* Señor, Ricar-
ha ido á buscar á su suegro, (do
que no está en casa:, y me ha dicho
(yo estoy temblando de miedo) *ap.*
que Vuecelencia me llama.
Marq. Sí, te llamo con efecto.
¿De qué tiemblas? *Guill.* Tengo frio.
Marq. Hombre, ¿frio en este tiempo?
Guill. Yo tirito en el verano,

y

y me baño en el invierno.
Marq. A mi padre sirvió el tuyo
hasta su fallecimiento,
y le estimábamos mucho:
porque de jóven, y viejo
era muy hombre de bien.
Guill. Sí Señor: en quanto á eso
todos afirman lo mismo.
Marq. Mas su hijo: ¡qué perverso!
¡Qué pícaro! ¡Qué malvado!
¡Qué embrollista! ¡Qué embustero!
Guill. Mas debo yo á Vuecelencia
que debió á su padre excelso
el mio. *Marq.* ¿De qué manera?
Guill. Porque al tiempo del entierro
le hizo las honras, y á mí
Vuecelencia, por efecto
de su bondad, me las hace
aun ántes de haberme muerto.
Marq. Ven acá, bribon. *Guill.* A Dios.
todo lo ha sabido: Hoy muero. *ap.*
Marq. ¿Entrastes ayer en mi quarto?
Guill. Si Señor. *Marq.* ¿Y con qué intento
recogiste unos papeles
reservados? *Guill.* En quanto á eso
se equivoca Vuecelencia,
porque yo los hallé puestos
sobre una mesa, y no estaban
reservados, ni secretos.
Marq. Mi despacho es un sagrado
que solo tu atrevimiento
le ha profanado. Responde,
dime, ¿con qué pensamiento
los tomaste? *Guill.* Como se hablan
con variedad los sucesos
de la familia de Darvi,
quise saber ese cuento,
novela, historia, ó lo que es.
La situacion:–el empeño:–
mi Señora la Condesa::–
la averiguacion, mi genio,
una novedad, la carta,
los papeles, el deseo:–
yo no sé lo que me digo. *ap.*
Marq. ¿Qué charlas tan sin concierto?
Guill. Pues nunca hablo yo mejor.
Marq. Muy bien: por ahora quiero
considerarte mas digno
de piedad, que de mi ceño:
persuádome, que mi hermana
encargaria á tu zelo
este caso; ¿no es verdad?
Guill. Sí Señor, ello por ello.
Marq. ¿Y le enseñaste la carta,
ó le has dicho su contexto?
Guill. De ningun modo: eso fuera
abusar sin fundamento
de aquella casualidad,
y romper tan gran secreto,
como el de aquellos papeles,
que contienen nada menos
que el destino de los Duques
de Darvi; bien considero,
que mi Ama interesa mucho,
y que solo por saberlo
me hiciera un grande regalo;
pero ¿qué importa? Primero
es el proceder con honra.
Marq. En este bolsillo creo
que hay mas que pudiera darte
mi hermana, con que ya déxo
tu pérdida compensada.
Guill. Le recibo, y le agradezco:
aunque yo por intereses:–
Marq. No haces nada: ya lo entiendo;
Tú sirves á la Condesa
con puntualidad, y afecto,
y lo que no le hayas dicho
por la ambicion del dinero,
tal vez se lo habrás contado
por fidelidad. *Guill.* Es cierto.
Marq. ¡Qué pícaro! *Guill.* A Vuecelencia
le

le consta, quanto venero
los preceptos de mi Ama:
ha sido flaqueza; pero::-
Marq. Al caso. *Guill.* Sabiendo yo,
que muchas rentas, y efectos
del estado de mi Amo
pertenecen de derecho
al Duque de Darvi, quise
satisfacer mis deseos
de complacer á mis Amos,
haciendoles el obsequio
de darles estas noticias.
Marq. A costa de mi respeto,
y confianza, ¿es verdad?
No hay en todo el universo
mayor pícaro que tú.
Guill. En el impulso primero
de su enojo piensa así
Vuecelencia; pero luego
que interiormente discurra
en la obligacion que tengo
de amar á quien me dá el pan,
será otra cosa. Yo espero
que me hará justicia, y tanto
que quisiera á qualquier precio
un criado como yo.
Marq. Me sirviera poco tiempo;
¿pero sabes, si mi hermana
ha formado algun proyecto
sobre este caso? *Guill.* No sé:
para mentir soy Maestro. *ap.*
Mar. ¿Qué hacias aquí? *Guill.* He venido
á pagar unos dineros
que mi Ama debia á Fric.
Marq. Retírate ya. *Guill.* Obedezco. *vas.*
Marq. Mi hermana piensa muy poco
en restituir: Guillermo
le dirá lo que ha pasado,
y ella usará quantos medios
imagine convenientes
á retener un derecho,
que no es suyo. Pasion vil
de la ambicion, ¡quántos pechos
son tus vasallos, y quántos
son de tí idólatras ciegos,
consumiendo en vanas pompas
los intereses agenos!
Y quando á sus puertas llegan
aquellos mismos, aquellos
de quienes es lo que gastan
á implorar algun consuelo;
los atropella el furor,
ó les responde el desprecio.

Sale Fric, acabándose de vestir ropa decente.

Fric. Dispénseme Vuecelencia
la molestia de haberle hecho
esperar; ignorando
que este miserable suelo
mereciese honor tan alto,
salí un rato. Yo me alegro
de vuestro feliz arribo.
Marq. Yo, Amigo, te lo agradezco.
Siéntate: *Fric.* En pie estoy mejor,
y esto á Vuecelencia debo.
Marq. ¿Qué me puede autorizar
el usar de mi respeto
con el que no le compite?
Siéntate: yo te lo ruego.
Fric. Me resigno. *Marq.* He visto ahora
en este sitio á tu Yerno.
Me parece un buen muchacho.
Fric. Sí Señor, es un portento
de aplicacion, y virtud;
mi hija, él, y mis nietos
hacen dulce mi vejez,
y son todo mi consuelo.
Marq. ¿Padeces algun atraso?
Fric. No, Señor, á nadie debo
ni aun la cantidad mas leve:
no soy rico; pero tengo

bastante para vivir;
pues (bendito sea el cielo)
no reside en esta casa
ninguno de los defectos
que originan la pobreza:
gastamos lo que podemos
con respeto á la ganancia;
gracias á Dios, no hay enfermos
y nos sobra aplicacion.
Mar. ¿De qué país es tu Yerno? *Fri.* No sé.
Marq. ¿No lo sabes? ¿cómo?
Fric. No lo sé, Señor. *Marq.* Pues eso
me parece muy estraño.
Fric. Señor Marques, nada debo
ocultar á Vuecelencia:
Fruto infelíz, es mi yerno,
de la pública miseria;
huérfano en fin. *Marq.* Ya comprendo.
¿Y como le conociste?
Fric. No sé que impulso secreto
me hizo entrar hace quince años
en uno de los Colegios
útiles á la crianza
de estos muchachos expuestos:
se me presentaron muchos
agradables, y muy bellos.
La salud, y la alegria
recomendable me hicieron
su inocencia, y preguntando
por su nombre al uno de ellos,
dixo: llamarse Ricardo.
Yo respondí muy contento:
tú tienes mi propio nombre;
y él con rostro placentero
volvió á decirme; pues bien,
si un propio nombre tenemos,
adópteme usted por hijo,
que no le pesará de ello.
Esta graciosa respuesta,
y el informe que me dieron
de su apreciable conducta
pudo enternecer mi pecho.
Le pedí, y me le otorgaron,
dexando en un libro puesto
el recibo, con las señas
de mi casa. Este es mi Yerno.
Dirá Vuecelencia ahora
que anduve poco discreto
en casarle con mi hija,
sin saber su nacimiento,
y respondo: que si el Rey
pusiera en mi mano el premio
de sus vasallos, no diera
las digninades, ni empleos
á los que nacen Señores,
como no supiesen serlo.
Ricardo tiene gran juicio,
es aplicado, y modesto;
y sabiendo, ó no su orígen;
de qualquier modo prefiero
un Plebeyo, hombre de bien,
á un pícaro Caballero.
Marq. ¿Y qué edad tenía entonces?
Fric. Catorce años poco menos.
Si contase á Vuecelencia
sus virtudes por extenso,
exîgiera la ternura,
y compasion de su pecho.
¡O Señor Excelentísimo!
¡Y quántas veces me ha hecho
derramar lágrimas vivas,
y exhalar suspiros tiernos!
Marq. De su honradez, y bondad
penetrado voy. Yo quiero
verle, y hablarle despacio.
Dile, Ricardo, que luego
vaya á mi casa, y me espere
ínterin que á ella vuelvo.
Fric. Obedecerá al instante.
Marq. A Dios, Fric.
Fric. Prospere el cielo
la vida de Vuecelencia.

Marq.

Marq. Basta: quédate. *Fric.* Obedezco.
Marq. Y piensa que tendrá en mí
un buen amigo, tu Yerno. *vase.*
Fric. ¡Con qué confusion me dexa
el Marques! Yo no comprendo
á qué fin son sus preguntas:
¿qué querrá á Ricardo? temo:–
pero ¿qué he de temer? Dios
mirará por mí, y por ellos.

ACTO SEGUNDO.

Salen Moli, y Selvi.

Selv. En toda mi vida he visto
una Señora tan tierna
como usted: otras conozco
que tantas quantas mas leguas
tienen ausente el marido,
viven ellas mas contentas;
pero usted sin duda juzga
que mi Señor es de cera,
y se le ha de derretir
si acaso á otro fuego llega.
Mol. El cielo une á los esposos,
y quando su providencia
los separa, es necesario
el conformarse con ella;
pero quando un accidente
de nuestra naturaléza,
ó de la agena malicia
los distrae, ó los violenta,
el no sentirlo es valor,
que induce alguna sospecha.
Selv. Esto va en genios mas ¡ay!
El niño mayor empieza
á gemir: vaya, que yo
con los dos tengo gran fiesta. *vas.*
Mol. ¿Qué hará Ricardo? No vuelve.
confieso que estoy inquieta.
¿Qué querrá el Señor Marqués?
Estos poderosos piensan
que un pobre oficial, que vive
de sus continuas tareas,
gana algo en perder el tiempo.
No sé que es lo que me altera
el corazon. Un Señor
de tan distinguidas prendas,
no parece regular
viniese á mi casa mesma
á buscar á mi marido
para hacerle alguna ofensa.
Mas con todo, esta confianza
tiene mucho de indiscreta;
porque no pocos Señores
buscan entre la pobreza
unos medios nada dignos
de acreditar su grandeza.
Sale Fric. ¿Con quién hablas, hija mia?
Mol. ¡Ay Padre! *Fric.* ¿Qué te molesta?
¿se ha puesto malo algun chico?
Mol. No, Señor: lo que me llena
de dolor es la tardanza
de Ricardo. Yo quisiera,
pues usted habló al Marqués
saber á qué efecto::– *Fric.* Cesa:
se informó del nacimiento
de Ricardo, y de su buena
conducta; me fué forzoso
responderle sin reserva:
y me dixo al despedirse,
que le encargase que fuera
á verle sin dilacion,
asegurándome que era
fiel Amigo de mi Yerno.
Mol. Pero toda esa fineza
¿de qué nace? *Fric.* ¿Qué sé yo?
¿Y á tí que es lo que te inquieta?
Moli. No sé: pero esta llamada:–
Fric. Esto es lo que me impacienta;
hija mia, las mugeres
no tienen otro sistema
que recelar siempre males,
fundando graves sospechas
de un leve principio, para

 dar-

darnos tormento con ellas.
Tal vez el Señor Marqués
querrá alguna obra de priesa,
y para eso le ha buscado.
Mol. No, Padre mio; si fuera
ese el motivo, enviária
á llamarle su Excelencia
por medio de algun criado:
pero venir á la tienda
un Señor, como el Marqués,
y estar tan despacio en ella
averiguando la vida,
el nacimiento, y las prendas
de mi marido, no sé
á qué atribuirlo pueda.
¿Qué le importará al Marqués
que sean malas, ó buenas?
Fric. El Señor Marqués, es hombre
del modo que lo es qualquiera
Evanista: las virtudes
en todo estado interesan:
y tal vez se enterneció
quando yo conté las vuestras.
Mol. ¡Ay Padre! Que la virtud,
que muchas veces se encuentra
en esos Señores, es
la sed de sangre, y la fuerza.
Fric. El vicio es una desgracia
de nuestra naturaleza:
no será mucho que en ellos
tambien el vicio se vea:
pero están mas obligados
los que viven en grandeza
á contener sus pasiones,
tanto mas, quanto con ellas
pueden hacer mayor mal
que los pobres que las tengan.
Sale Guill. Me alegro de hallar á ustedes.
porque les traygo una buena
noticia. ¿Mas donde está
el Señor Ricardo? Venga,
venga al punto. *Mol.* No está en casa.
Guill. Lo siento; pero paciencia:
Tio Fric, lléguese usted,
que el corazon no me lleva
el callar mas. Soy amigo
que jamás gasta tibiezas
en hacer bien, mayormente
quando el asunto interesa
á unas gentes tan honradas
como ustedes. Si supieran *ap.*
estos pobres mi intencion,
y por gusto la midieran
con mis voces, ¡qué distancia
encontráran tan inmensa!
Pero ya es moda en el mundo
dar con la mano siniestra
un dulce, y un rejonazo
prevenir con la derecha.
Esta es una explicacion
material, y bien grosera;
pero la moral no es mala
para aquellos que la entiendan.
Fric. Pero ¿que hay Señor Guillermo?
Dígalo usted sin reserva.
Guill. Pues, Señor, yo fuí asombrado
de conocer la pureza
del Señor Ricardo: él pudo
guardarse las diez guineas,
que hubo de equivocacion
en nuestra última cuenta:
mas apenas la notó,
me volvió á entregar en ellas.
Esto sí es lo que se llama
hombre de bien á derechas.
Mol. ¿Y de eso se admira usted?
Para que Ricardo vuelva
lo que sabe que no es suyo,
no es necesario que fuera
muy honrado: únicamente
basta que ladron no sea.
Guill. ¿Basta con no ser ladron?

¿ Y cree usted, que se encuentran
en Lóndres muchos Maestros
que proceden con tan buena
fe? No, Señora, que hay muchos
que suman como en las ventas
quatro reales por el quarto,
por la cama una peseta,
de asistencia dos ducados,
y por todo reales treinta;
siendo así que todo es uno
cama, quarto y asistencia.
¡Con qué colores tan vivos
le pinté yo á la Condesa
la mucha honradez de ustedes!
Finalmente su Excelencia
quiere verlos. *Mol.* Para qué?
Guill. Es una muger muy buena,
y quiere absolutamente
dar á ustedes muchas pruebas
de su propension, siguiendo,
con empeño en el sistema
de hacerles viajar. *Mol.* Señor,
mi Señora la Condesa
se cansa en vano: nosotros
vivimos en conveniencia,
y sin la necesidad
de buscarla en otras tierras.
Guill. Sí, mas no me pareció
responderla con dureza
sobre esa repulsa, y mas
quando yo tengo experiencia
del genio de estos Señores;
y que para que aborrezcan
al sugeto que mas quieren,
es suficiente que vean
que á su gusto, malo ó bueno,
se hace alguna resistencia.
¡O! No soy tonto; y sé bien
en qué tiempo, y porqué tecla
le he de hablar á cada uno.
Fric. En efecto, es gran prudencia
el procurar evitar
que el poderoso se ofenda
del pobre; porque en la lid,
pocas veces aprovecha
el valor ni la razon,
si usa el poder de la fuerza.
Guill. No hay que hacer, andube diestro:
la pinté con sutileza
la incomodidad de un viaje;
y mas, quando el que le intenta
no tiene abundancia de oro:
y entónces abrió la puerta
de su generosidad,
y dixo de esta manera:
Guillermo, estoy empeñada
sobre que Ricardo sea
el Evanista mejor
del reyno, y que se prevenga
á viajar toda la Europa,
que para que no carezca
de socorro, le señalo
desde hoy quinientas guineas
annuales. *Mol.* Y diga usted:
¿la buena noticia es esa?
Guill. ¿Pues qué, es mala? *Moli.* Para mí
nada la encuentro de buena.
Dígale usted á su Ama,
que el interés de sus rentas,
de su oro y sus diamantes
no es posible nos venciera
á que dexemos la dulce
pacífica vida nuestra.
Guill. Pero será menester
una razon, que convenza
de no admitir su favor.
Moli. Usted es algo postema.
Quando pende de mi arbitrio
una cosa mala, ó buena,
para no hacerla hay razon,
solo en no querer hacerla.
Mol. Muy bien: mas no puedo menos
de

de decir, que esa respuesta
viene á ser en la substancia
una gentil desvergüenza
Moli. ¿Cómo usted?::–
Fric. Señor Guillermo,
poco á poco, y no me ofenda
este pedazo del alma;
tal vez en la inteligencia
de que estas canas no son
bastantes á defenderla.
Guill. ¿Y cómo? *Fric.* Primeramente
con humildad y modestia
rogaré á usted; que en mi casa
de ese modo no se exceda.
Guill. Y si no basta; ¿que hará?
Fric. Romperle á usted la cabeza
coge una silla.
con lo primero que encuentre.
Guill. Basta, basta. *vase. Mol.* ¡Qué insolencia
de hombre
Fric. Tambien tú has andado,
hija mia, algo indiscreta.
En todos es despreciable
el vicio de la soberbia;
pero entre los pobres mas,
pues su estado les enseña
á saber exercitar
la humildad y la paciencia.
Mol. Yo no puedo tolerar
los extravagantes temas
de algunas gentes, que quieren
hacer servirse por fuerza:
ha de ser su gusto ley,
aunque para obedecerla
se sacrifique la vida,
el alvedrio, y la hacienda.
Fric. Sin embargo, no debemos
presumir de la Condesa
si no es un buen corazon;
pues miradas sus promesas,
aunque no las aceptemos,
debemos agradecerlas.
Mol. Mire usted, padre, la he visto
en su carroza diversas
ocasiones: siempre vá
tan espetada, y tan tiesa,
que mas que muger, parece
helado bulto de piedra.
Fric. ¿Pero tú qué infieres de eso?
Mol. Vanidad. *Ric.* Quando lo sea,
¿qué te importa á tí? *Mol.* Ahí es nada
si ahora nos interesa
el conocer su carácter,
y distinguir sus finezas,
¿no ha de importarme? Usted, padre
(perdoneme la advertencia),
de una persona, que es vana,
nunca espere cosa buena.
Si pudiéramos saber
la intencion de la Condesa,
viera usted, que su piedad
nace de alguna baxeza.
Pero ¡ay! ¡Mi esposo! Ricardo
Sale Ricardo.
¿porqué vienes tan de priesa?
Ric. Mi bien, por verte mas presto.
Mol. ¡Qué graciosa es la respuest a!
¡Y nos anda procurando
felicidad la Condesa!
¿Qué mayor felicidad,
que escuchar yo sus finezas?
Fric. A la verdad, hija mia,
que debes estar contenta
con tu fortuna; pues hoy
pocos maridos se encuentran,
que traten á sus mugeres
con tanto amor y terneza.
Moli. ¿Por qué no, quando la misma
obligacion les estrecha
que á nosotras? *Fric.* Porque dicen,
que es ya moda la aspereza
entre los casados. *Ric.* Bueno:
¿pues,

¿pues, por ventura el que sea
moda, le dará virtud
á una cosa que es mal hecha?
Fric. No, hijo mio; pero el nombre
de moda tiene tal fuerza
que hallan tránsito á su sombra
muchas costumbres bien feas.
Mol. ¿Qué te queria el Marqués?
Ric. No lo sé, pues su Excelencia,
despues de haberle esperado
mas de dos horas y media,
me envió á decir que quedaba
ocupado en diligencias
que no puede abandonar,
y que él vendria á mi tienda,
luego que las feneciese.
Mol. Y es una cosa muy buena,
hacer que un pobre oficial
tres horas de tiempo pierda
sentado en una ante-sala,
ó tal vez en la escalera.
Es cierto, que estos Señores
tienen cosas que me queman.
Fric. Hija: yo te desconozco:
todo te turba y altera.
Mol. Pues si es la verdad: *Ric.* Yo he estado
con la mayor complacencia
escuchando á los criados
contar las amadas prendas
del Marqués. *Fric.* Pues desde luego
aseguro que son buenas. (dos
Mol. ¿Por qué? *Fric.* Porque en los cria-
se pega, como epidemia,
la costumbre de no hacer
al Amo buenas ausencias.
Mol. Pues, perdóneme el Marqués,
que para que yo le tenga
en otro concepto, basta
ser su hermana la Condesa.
Fric. Con todo, hemos de implorar
su favor, y su asistencia
contra su hermana; pues quiere
que abandonemos por fuerza,
nuestra situacion tranquila
haciéndonos mil ofertas.
Ric. Yo no comprendo el motivo,
que esta santa muger tenga
para este empeño: por fin
es preciso agradecerla
sus expresiones, y darla
mil gracias, por todas ellas.
Mol. Mira, toma mi consejo
y no la hables ni la veas.
No sé que genio es el mio:
no me impone la grandeza
respeto, si á la virtud
no tiene por compañera.
Ric. Eso es demasiado, Moli,
y es forzoso, que comprendas
que la distincion de estados
no es una vana apariencia,
sino distincion real,
y útil. *Mol.* En hora bnena.
mas la falta de virtud
suele hacer que se convierta
en tiranía; y no andemos
en disputas: la Condesa
quiere perdernos.

Sale el Marqués, y un criado suyo, que entregando una caxita que saca en la mano, se retirará: á su salida se sosprenden los tres.

Marq. Su hermano
sabrá defenderos de ella.
Ric. ¿Qué has dicho, Moli?
Fric. Señor no se enoje Vuecelencia,
de que impulsada mi hija
de una reflexion ligera
prorrumpiese:– *Marq.* Basta, Fric,
que no quiero abultar quejas,
sino dar satisfaccion.
Ric. ¿Satisfaccion Vuecelencia

en

en mi casa? ¿De qué agravio?
Marq. Acercad aquí esa mesa:
dame tu ese cofrecito
y retírate allá fuera.
vase el criado.
Mol. Turbada estoy. *Fric.* ?Qué será esto?
Marq. Sentaos: Aquí se encierra
señala la caxa.
el destino de Ricardo.
Ric. ¿Mi destino¿ *Moli.* ¿Yo estoy muerta?
Marq. Sí Ricardo: en esta caxa
está una solemne prueba
que justifica quien eres.
Ric. ¡Qué oygo! *Fric.* Señor, Vuecelencia
no nos confunda: mi Yerno::-
Marq. Tu Yerno es mas que tú piensas.
Leed lo que dice encima.
Lee Ric. »El Protector, que gobierna
»la Real casa de los Niños
»Expósitos, no entregue esta
»caxa, sino es al Marqués
»de Leicestér, y en su ausencia,
»ó por su muerte, al sugeto
»que señala, ó le succeda.
Marq. Esto habla con mi padre,
luego diré por qué mientras
él vivió, ni yo despues,
hicimos la diligencia
de sacarla ántes: que ahora
la alegria no me dexa
arbitrio para otra cosa
que darte la enhorabuena,
y los brazos muchas veces.
Gran Duque de Darvi, llega
y compénsale á tu Amigo
la amistad: y la fineza
con que te dá esta noticia.
Mol. y Fric. Señor::- *turbados.*
Ric. Señor::- *Marq.* ¿Qué recelas?
Grande desde que naciste
eres. *Mol.* ¿Qué fortuna es esta?
Marq. Volved á tomar asiento,
y la admiracion depuesta,
veremos un documento
que tu orígen nos revela.
Tú has de Leer esa carta,
que casi en la hora postrera
de su vida me entregó
mi Padre, con la advertencia
de que en esta caxa estaba
una puntal copia de ella,
como es así: vedla aquí:
tomadla, Fric, y leedla
para vos, por si la copia
con su original concuerda.

Dale á Fric la copia, que vá leyendo para sí, ínterin que Ricardo lee en público la suya, y Moli manifiesta regocijo.

Lee Ric. *Ya sabes, querido Amigo, el peligro á que estoy expuesto, y á que lo está toda mi familia, por la conspiracion de mis contrarios. El Rey indignado por falsas acusaciones, ha sequestrado mis títulos, y rentas; y en tan penosa situacion voy á tomar un partido extremo. He persuadido á la Duquesa mi muger, que nuestro único hijo ha fallecido, y le hago criar en la casa de los huérfanos con el nombre de Ricardo en lugar del de Enrique que se le puso en el Bautismo. Si con mi ausencia consigo aplacar la cólera del Rey, volveré á sacarle; pero si ántes cediese mi vida al esfuerzo de mis sentimientos, le recomiendo á tu amistad. Yo creo que sin embargo de que ahora tenga una educacion tan descuidada, su nacimiento le enseñará á dar la vida por su Rey, y por su patria. En la caja de los huérfanos, hallarás un cofrecito con una copia idéntica de esta carta,*

la

la fé de Bautismo de Enrique, la de mi casamiento con su afligida madre, y algunos diamantes de que puede nesitar, si no hereda mis rentas. Londres, y Mayo 6 de 1786.

Alberto, Duque de Darvi.

Excelentísimo Señor Marqués de Leicester.

Fric. Pues aquí dice lo mismo *se levant.*
sin que le falte una letra.
Mol. Señor, es posible:- vaya
la alegria no me dexa
demostraciones, ni voces.
Enrique, ¿qué dicha es esta?
¡Ay Esposo! No es posible
ponderarte lo contenta
que estoy; no porque ascendamos
á tan superior grandeza,
sino es por los beneficios
que repartirás en ella.
Harémos á todos bien,
y en nosotros la pobreza
tendrá un apoyo piadoso.
Ric. Esa es, Moli, una perfecta
copia de tu alma preciosa:
esa es la mejor idea
de tu espíritu admirable.
Harémos bien. Ya das señas
de que has de saber ser grande;
pues no tienen la riqueza,
ni los titulos honrosos
timbre de mas excelencia,
como el hacer á los pobres
todo quanto bien se pueda.
Fric. Ricardo, ¿quieres tomar
mi consejo? *Ric.* Ya es ofensa
de mi humildad esa duda,
sabiendo usted mi obediencia.
Fric. Pues recoge esos diamantes,
cuyo valor nos franquea
alguna comodidad
en nuestras pobres tareas:
y esas cartas y papeles
que tu origen manifiestan
quémalas, ó arrojalas
donde en la vida parezcan. *Ma.* Como?
Moli. ¿Y porqué ha de arrjarlas?
No, Padre mio, eso fuera
abusar de las piedades
de superior providencia.
Fric. ¿Qué vá á delantar Ricardo
con todas esas grandezas?
Su propio padre no pudo
criar á su hijo entre ellas,
y se miró precisado
á esconder su infancia tierna
en el número de obscuros
niños de la Nacion nuestra.
Los empleos grandes (suelen
decir muchos) se reservan
para hombres grandes, es cierto;
y tambien las grandes penas,
y sinsabores. Compara
con madurez, y reflexa
tu estado con el de un grande,
y hallarás la diferencia
á tu favor. ¿Te falta algo
de lo necesario? ¿Tiemblas
por tus hijos? ¿Te hallas mal
con la tranquila asistencia
de tu esposa? ¿Te persigue
la venganza, ni te acecha
la emulacion para hacer
que de tu estado desciendas?
¿Te fatiga el duro peso
de obligaciones tan serias
como las que tiene un Grande
que si ha de cumplir con ellas,
aun tal vez para comer
hora cierta no le dexan?
Dirás que nó: pues, Amigo,
la riqueza verdadera

es esta, que lo demas
viene á ser una quimera
de la vanidad; y en fin,
una vida muy expuesta.
Al rio con los papeles,
y la caxa; vengan, vengan.
Mol. Espere usted, padre mio:
jamas he visto una idea
como la de usted. *Fric.* Pues tú,
que eres quien menos la aprueba,
has de ser quien la confirme,
quando remedio no tenga.
Ric. ¿Cómo, Señor? *Fric.* Yo me entiendo.
Mol. Quando usted mandó que diera
mano de esposa á Ricardo,
no ví mas que su prudencia,
su talento, y su virtud:
si mi esposo siempre fuera
un Evanista, tambien
estaria muy contenta,
sin envidiar mas fortuna.
¿Pues no es una cosa fiera
que habiendo nacido Grande,
ha de huir la preeminencia
que este Título le impone?
Yo no sé que la conciencia
le conceda libertad,
para que huya de la senda
de la altura, donde debe
hacer todo el bien que pueda
á su Patria, y á sus hijos.
En quanto á ser vida expuesta
á sinsabores, yo creo
que esa misma contingencia
tienen todos los mortales;
pero con la diferencia,
que un hombre pobre, es un hombre;
y un hombre, grande, si á cierta
á serlo, vale por tantos,
quantos su piadosa diestra
saca, con su proteccion,
del lago de la miseria.
Marq. Teneis razon, bella Moli.
Fric. En fin, hagan lo que quieran.
Mol. Señor Marqués, aquí no hay
dificultad; Vuecelencia
dé parte al Rey. *Fric.* Hija mia:
Mol. ¿Qué dice usted? *Fric.* Yo quisiera
que ántes se pensase mucho.
En tus ojos no se encuentra
disposicion para ver
mas que el punto á que se eleva
tu marido. Ahora te ocupa
esa aprension lisongera
de la parte que te toca
en su fortuna; y si llega
un costoso desengaño,
¿qué angustias serán las vuestras?
Mol. Es cierto, que me complace
su suerte, y me lisongea
la que á mí me corresponde:
pero aun quando yo debiera
ser víctima desgraciada
de una novedad como esta,
le aconsejará lo mismo.
Marq. Moli amable, esa es mi pena.
Ric. ¿Cómo, Marqués? *Ma.* Duque Ami-
temo que tu esposa sea (go,
víctima de tu destino.
Ric. ¿Pues qué? ¿Mi pecho pudiera
concurrir á su desgracia?
Marq. Yo rezelo que te veas
precisado, porque un Grande,
conforme á las leyes nuestras,
no puede, Enrique, casarse,
sin que el Rey le dé licencia;
y por otra parte, la hija
de un Evanista, aunque sea
virtuosa y respetable,
como vuestra Esposa bella,
no es correspondiente á un Duque
de Darvi; nadie se acuerda

de un exemplar semejante,
y es natural, que no quiera
su Magestad, que se estrene
en esta alianza vuestra.

Mol. ¿Qué oygo, Dios mio?

Siéntase sobre un taburete, y se inclina en la mesa.

Fric. Vé aqui
las terribles conseqüencias,
que yo esperaba del ansia
con que amabas la Grandeza.
¿Qué será, Moli, de tí
y de tus hijos? La afrenta
te llenará de rubor.

Mol. De dolor, no de vergüenza

Se levanta.

Yo, padre, no soy culpada,
aunque desgraciada sea.
El Señor Marqués solo habla
de rezelos, y aun pudiera
conformarse el Soberano,
y mucho mas, si supiera.
que soy madre, y que Ricardo
me quiere con tantas veras:
pero si á pesar de todo
fuere el separarme fuerza;
ántes que yo es mi marido,
él triunfe, aunque yo padezca.

Ric. Esposo bárbaro, y padre
sin piedad alguna fuera,
si á tanto precio comprase
el honor y la riqueza.
Este respetable Anciano
me ha dado el pan de su mesa,
y me dió á su propia hija,
que es centro de mi terneza.
Nuestra union bendixo el cielo,
dándonos por fruto de ella
dos hijos. ¿Pues cómo es fácil
que mi pundonor consienta
el cubrirlos de rubor,
de sentimiento, y de pena?
No, Marqués: quede ignorado
mi orígen: ninguno entienda
mi calidad; pues mas amo
la virtud, y la belleza
de la amada esposa mia,
que los bienes de la tierra.

Mol. No se hable de mí. Ricardo
sube tu á ocupar la esfera
en que naciste, que yo
quedaré así mas contenta.

Ric. Sosiégate, esposa mia;
y puesto que la primera,
y mas alta de las leyes,
es la humanidad; no quieras
que yo la rompa: ántes bien,
si alguno la destruyera,
me quejára de él. De mí
podrán hacer lo que quieran,
como no sea mudar
la agradable suerte nuestra.

Marq. Sosegaos, sosegaos,
y creed de mi fineza,
que haré todo lo posible,
porque el Monarca te vuelva
tus Mayorazgos, y apruebe
esta dulce union estrecha.

Mol. ¡Ay Señor! *Ric.* ¡Ay digno Ami-go!

Fric. El cielo os dé fortaleza.

Mol. A mi pecho tolerancia.

Ric. Al Soberano clemencia.

Marq. Y á este bienhechor, que afable
entre sus brazos os lleva::-

Todos. Todo el premio, de que es digno
el que en hacer bien se emplea.

ACTO TERCERO.

Ricardo sale fatigado, pensativo, y sin determinar sitio oportuno donde subsistir.

Ric. ¡Abandona á tu Muger!
¡No hagas de tus hijos caso!

¡Sepárate de la que amas!
Para aquesto es necesario
un corazon de una fiera,
ó un espíritu tirano.
Siempre será aborrecible
á mis ojos aquel fausto,
que la política humana
me ofrece á precio tan alto.
Un fino esposo, un fiel padre
perdiera todos los rasgos
de la virtud, si porque
su fortuna se ha mudado,
mudase su corazon.
Estudio de los humanos,
aplicate á conocer
los innumerables daños,
que esto que llaman honor
está en el mundo causando:
favorece la virtud,
y dexa excrupulos tantos;
pues es honor peligroso
el arrancar de mis brazos
una esposa, y unos hijos,
que el mismo cielo me ha dado.

Siéntase á un lado como rendido de su dolor, y sale Fric buscándole.

Fric. No le hallo, ¿dónde habrá ido?
La mesa ha desamparado
de repente, y me parece
salia como llorando.
Selvi, Selvi. *llamando.*

Sale Selv. Mande usted.

Fric. ¿Dime qué estaban hablando
entre sí mi hija, y su esposo
en la mesa? *Selv.* Aunque me aparto
muchas veces, por no oir
los secretos de mis amos;
hoy me dió la compasion
licencia para escucharlos.
Mi Ama miró á sus hijos,
y luego se anegó en llanto
como que alguna memoria
la comprimia, al mirarlos.
Mi Amo se levantó
todo en dolor anegado:
y conociendo su esposa
que procedia el quebranto
de su primer sentimiento,
le dixo: esposo adorado,
restitúyete á la mesa,
y come con mas descanso;
jamas volveré á llorar
en tu presencia: el conato
amoroso, con que miro
estos hijos desdichados,
me penetró el corazon.
¡Oh qué imprudente que he estado!
Mas imprudente soy yo,
respondió el Señor Ricardo,
sino conozco la fuerza
de los tormentos que paso.
Dixo: y lleno de dolor
se salió luego del quarto.

Fric. ¿Y donde ha ido? *Selv.* Yo no sé:
mas si sé: allí está: miradlo.

Fric. ¿Qué haces Ricardo? Ea ven,
ven hijo mio, y comamos
tranquilamente. *Ric.* Señor
no tengo gana. *Fric* ¡Ah! ¡Ricardo!
Esta es la primera vez,
que despues de tantos años,
hemos visto en nuestra casa
la cara del sobresalto.

Ric. Es que ántes no era yo Duque.

Fric. Pues si la grandeza es paso
para el disgusto, ¿por qué
quieren escalarla tantos?

Ric. Porque muy pocos conocen
que no hay tan feliz estado,
como el de una interior paz;
y los que están ocupados
de las ideas del mundo,

fro-

tropiezan á cada paso
en el error de vender
por la ambicion el descanso.
Fric. Parece que ha entrado gente.
Ric. Sí Señor, y es un criado
del Marqués.
Sale Moli muy alegre con una carta, que entregará á Ricardo: este la toma, y abre con mucha cobardía.
Mol. Toma esta carta,
que con singular encargo
de la brevedad, te envia
el Marqués. Abrela: vamos:
¡qué te acobarda! *Ric.* El saber
que se dice en sus rasgos
nuestro destino *Mol.* Pues bien,
léela, porque sepamos,
para resistir sus golpes,
qué valor es necesário.
Ric. ¿Le tendrás? *Mol.* Sí, esposo mio.
Fric. A mí para averiguarlo
me falta: yo no la leo.
Ric. Tampoco yo. *Mol.* Pues estamos
bien: pero yo la leeré,
pues á mí me está dictando
el corazon, que aquí viene
todo quanto deseamos;
porque no fuera el Marqués
tan eficaz, para darnos
malas noticias. *Fric.* Pues ese
es el primer signo, que hallo
de no ser buenas, porque
éstas vienen mas despacio:
mas nosotros pretendemos,
hijos mios, conservarnos
en esta union venturosa;
solicita separarnos
una ley dura, y cruel,
y en los recursos humanos,
saber que el recurso es justo,
no es saber que has de negarlo.
Mol. Con todo, yo he de leerla,
porque el bien, ó el mal sepamos.
Lee. *Mi querido Duque:* ¡Bueno!
Este principio me ha dado
mas aliento que tenia:
Prosigo: *El Rey se ha alegrado
de que exîsta un heredero
de familia que tanto
sirvió á su Padre, y dispone
que todos los Mayorazgos,
y rentas que gozó el tuyo,
y le fueron seqüestrados,
te se entreguen libremente;
y con el mayor agrado
te restituye tambien
las Dignidades y cargos
que obtuvo tu Padre: en fin,
para todo se ha mostrado
muy propicio: únicamente
se resiste el Soberano
á aprobar tu Matrimonio,
y por mas que yo le he instado,
no he conseguido apartarle
del ánimo de anularlo.*
No puedo mas.
Dexa caer la carta, y Moli cae sobre una silla, que al golpe se transtorna, y vuelca hacia el lado de Fric; este la levanta, y Ricardo acude á su socorro enternecido.
Fric. ¡Hija mia!
Ric. Yo, que habia recelado
el contexto de esa carta,
debiera haber sido cauto,
y no dexar que la vieses.
Mol. Confieso que me he postrado
á mi primer movimiento;
perdonadme, Padre amado,
y vos, Señor: ya no debo
en otro estilo trataros.
Ric. ¡Ah Moli mia! Yo soy,

y seré á pesar de tantos
inconvenientes tu esposo,
y tu amante, y en tus manos
amables juro mil veces
de no ser jamas ingrato.
Invenciblemente odioso
fuera á mis ojos el fausto,
que me costase perder
tantos títulos sagrados,
como debo á tu ternura,
á tu virtud, y á tu alhago.

Mol. Duque, no nos engañemos:
en la situacion, que estamos,
nada te es mas favorable,
como olvidarme. Te encargo
que te ecuerdes de tus hijos,
miéntras ellos en mi amargo
sentimiento me acompañan;
pues en un sitio apartado
del comercio de las gentes,
viviré siempre adorando
tu memoria. *Ric.* Esposa mia,
enxuga ese tierno llanto,
mira que soy muy sensible,
y me vá el valor faltando.
En presentándome al Rey,
y escuchando de mis labios
la dulce felicidad
de nuestra union, mas humano
cederá á nuestros suspiros;
y para mas obligarlo
le diré así: »gran Monarca,
»á vuestros pies soberanos
»está el cadáver de Enrique,
»Duque de Darvi. He casado,
»sin noticia de mi orígen,
»con el mas bello traslado
»de la virtud, y belleza:
»Tengo hijos, y en tan amados
»objetos tengo la vida:
»solo el poderoso brazo
»de vuestra Real Magestad
»puede colmar mi descanso,
»permitiendo que subsista
»mi Matrimonio; « y en tanto
que con estas expresiones
su glorioso pecho ablando,
como ahora las de tu Padre,

Arrodíllase á los pies de Fric, y le besa las manos con eficacia.

tomaré sus Reales manos,
las besaré muchas veces,
inundándolas el llanto
de mis ojos; y de suerte
expresaré mis quebrantos,
que ó despojo del dolor
quedaré á sus pies postrado,
ó concedido mi ruego
volveré amante á tus brazos.

Desde los pies de Fric, se arroja á los brazos de Moli.

Fric. No quiero reconvenirte,
hija mia; pero ¡quántos
disgustos te has adquirido,
por haberle embarazado
á Ricardo, que tomase
mi consejo! *Mol.* Padre amado,
ahora hiciera lo mismo
á estar en el mismo caso,
y esto no por afectar
un valor extraordinario,
sino por vér á mi Esposo
en el lugar que le ha dado
su nacimiento. Yo tengo
un natural muy contrario
á aquellas locas mugeres,
que hoy en el mundo notamos;
pues seducidas del luxo,
en funciones, y saraos
despues de gastar la hacienda,
aventuran el recato:
y como haya obstentacion,

vana elevacion, y fausto,
no les importa que queden
los maridos arruinados.
No, Padre mio, yo quiero
dar este pequeño rasgo
de la virtud, y queá costa
de mis suspiros amargos,
sea mi esposo felíz.
¡Ay Duque mio! ¡Con quánto
placer oiré yo contar,
que vives exercitado
en defender á tu Rey,
lidiando con sus contrarios,
y en socorrer á los pobres!
Reparte con franca mano
limosnas, y no atesores;
pues es el tímbre mas alto
de un hombre felíz, el dar
favor á los desdichados.
Ric. ¡Qué pensamientos tan dignos!
¿cómo puedo abandonarlos,
ni á tí, dulce esposa mia?
Fric. Pero, hijos mios, cansaos
de atormentar este pecho,
que se mira penetrado
de vuestro mismo dolor.
¿Por qué os estais fatigando
con una desdicha incierta?
Esperemos confiados,
y reverentes, que el Rey
se ha de dignar consolarlos.
Sale Guill. Pues alabo la paciencia,
con que ustedes han estado
persuadidos, á que mi Ama
sufriria el desacato
de no haberla obedecido.
¡Bello lance hemos echado!
Fric. ¿Pues que ha sucedido Amigo?
Guill. Todo se lo llevó el diablo,
por ser ustedes tenaces.
Yo bastante he procurado
su bien estar: pero ustedes
son tales::- mas ya es en vano
mi deseo: la Condesa
un Real decreto ha ganado.
para desterrar á usted, *á Fric.*
y á su familia. El despacho
está expedido, y ya viene
un Ministro á executarlo.
Ric. ¿Ves, Moli, cómo los cielos
nuestra suerte han mejorado?
Ves como este órden conduce
al fin de no separarnos?
Señor Guillermo, que vengan
al punto á notificarnos,
marcharemos al instante.
Recoge lo necesario
para tí, y para los chicos,
querida Moli, y partamos.
Nuestro buen Padre, tambien
(despues de haber entregado
lo que hay ageno en la tienda)
sabrá seguir nuestros pasos.
Mol. ¿Pero cómo quieres?::- *Fric.* Hija,
tu marido se ha explicado
con mucho honor; pues todo hom- (bre
de bien : vive precisado
á tomar algun partido
en los tormentos extraños
con que la naturaleza
acostumbra rodearnos.
Guill. ¡Pero ustedes me confunden!
¿Pues no era mas acertado
el ocultarse algun tiempo,
por si tal vez encontramos
algun medio de ablandar
á la Condesa? *Ric.* ¡Qué engaño!
¿Yo esconderme? Todo el colmo
de mis venturas he hallado
en ese destierro. *Guill.* ¡Ay tal!
¡vive quien, que yo no alcanzo *ap.*
las manías de estas gentes!

To-

Todo ardid me sale vano.
Ric. Moli, ve, no te detengas,
y procura prepararlo
todo, con brevedad.
Moli. ¿A eso te atreves, Ricardo?
Ric. ¿Cómo si me atrevo? Creo
que en la situacion que estamos,
no ha podido sucedernos
un mal que nos sirva tanto.
Mol. Yo veo, Ricardo mio,
que tú el partido has tomado,
que te parece mejor.
Falta el mio: iré á pensarlo.
Toma la carta que estaba en el suelo, y vase.
Guill. Yo no he visto disparate,
como ofrecerse al estrago
de una tempestad, pudiendo
conjurarla. *Ric.* Me hago cargo
de que usted quiere salvar
con nuestra fuga el tirano
proceder de la Condesa,
evitándola el empacho,
ó el rubor, que la dará
de que lleguen á intimarnos
un órden, que su impiedad
ha sacado con engaño
de la justicia del Rey;
pero ¿qué importa? Un acaso
imprevisto me dispone
á quedar muy obligado
de su venganza. *Fric.* Y si usted,
en calidad de Emisario,
viene á ver de qué manera
recibimos este agravio,
puede volver, y decirla
á su Excelencia, que estamos,
no solamente conformes,
sino muy regocijados.
Guill. Vaya ¡estos hombres son brujos! *ap.*
todo lo calan. Yo he dado
á ustedes diversas pruebas,
de que procedo en mis tratos
con toda hombría de bien.
Fric. Usted es un bribonazo,
que le hace traicion á su Ama,
en venir á revelarnos
lo que debe estar secreto,
mientras no está executado.
Guill. Es asi; pero el cariño,
la inclinacion, y el conato
á favor de ustedes, me hizo
haberles anticipado
el aviso. *Fric.* Crea usted
que nada se lo estimamos,
pues como pensamos bien,
nos ofende que un criado
no guarde, como es debido,
fidelidad á sus Amos.
Guill. En ustedes se ha infundido
una soberbia que extraño;
mas presto se humillará
pues ya la órden ha llegado.
Sale un Ministro.
Señor, ponga usted su gente,
tomando todos los pasos,
para evitar toda fuga,
y no tarde usted, Ricardo,
en disponerse á marchar,
porque no estamos despacio.
Ric. Ahora muda usted de estilo,
porque se vé autorizado
con un Decreto del Rey,
que si pudiera mancharlo,
ó envilecer algun vicio,
seria el que á executarlo
viniese usted. *Fric.* El quisiera
que fuésemos temerarios,
y huyésemos, para dar
á su malicia mas campo;
pero no lo logrará,
que aunque rudos, no ignoramos,
que las ordenes, que mandan
ex-

expedir los Soberanos,
ó justas, ó injustas, ligan
la obediencia del vasallo.
Guill. Ustedes tienen la culpa,
puesto que han desestimado
á su bienhechora. *Ric.* Quien?
La Condesa? Yo he pensado,
que no he de lograr fortuna,
como la que estoy gozando,
por su enemistad. Demas
de que en qualesquiera estado
tendrémos mas dicha que ella. (do
Guill. Cómo? *Ric.* Cómo? No escuchan-
los muchos remordimientos,
que la afligirán. *Guill.* Despacio,
que hasta hoy solo han sido ustedes
para su Excelencia ingratos;
y si llegan á insolentes,
sabrá mi espada::- *Ric.* Villano,
suspende la osada accion,
y advierte, que si mis labios
respiran, te harán temblar,
y caer precipitado
al abismo, que tu propia
iniquidad te ha labrado.
Si el respetable decreto,
con que vienes á insultarnos
no mirase::- si la sangre
que en mis venas circulando
está, dexase:- mas habla,
executa todo quanto
quisieres, que tu baxeza,
y tu estilo inmoderado,
te hace inferior á mi enojo,
y te libra de mis manos.
Guill. Usted me sea testigo *al Ministro.*
de lo mal que me han hablado
estas gentes, y sujete
estos rebeldes malvados
que conspiran á perderme:
mire usted que si desato
mi cólera, será Londres
el mas infeliz teatro
de muertes, y de venganzas.
Yo bastantes cosas hago *ap.*
por disimular el miedo,
que tengo de algun porrazo;
pero el diantre del Ministro
El Ministro hace señas que se temple.
me parece un poco manso.
Ric. El que nos llama rebeldes
se engaña, puesto que estamos
dispuestos á obedecer;
y que mi muger ha entrado
á disponer lo preciso.
Padre mio, en este lado
oyga usted una palabra.
Se apartan, y hablan en secreto.
Guill. Yo muy bien urdido traygo
mi ardid : mas la lentitud
de la otra gente, me ha dado
notable desconfianza.
Moli se detiene tanto,
que recelo::- *Fric.* Sí, hijo mio,
bellamente lo has pensado.
Irémos á nuestra Patria,
donde con nuestro trabajo
podrémos vivir tranquilos.
Ric. Esto es lo mas acertado.
Entre usted, y diga á Moli,
que no tarde. *Fric.* Voy volando. *vase.*
Ric. Esta orden tan improvisa
me ha suspendido, y turbado.
Habrán engañado al Rey,
uniendo, y amontonando
falsedades. Hay mil gentes,
que solo encuentran descanso
en hacer mal. La Condesa
gastará con mis contrarios
las rentas que tiene mias,
para hacerme mayor daño.
Guill. Ay tal pausura! Juro á tal,

que estas gentes me dan chasco.
No vá la cosa en el modo,
que yo la habia ordenado.

Fric. Ricardo, Moli no está
en la tienda, ni en su quarto.

Ric. Qué dice usted? Santo Dios!
Y mis hijos? *Fric.* Me ha informado
Selvi, que tomó el de pecho,
y se lo llevó en los brazos,
y el mayor está en la tienda.

Ric. Y diga usted, ha dexado
alguna prevencion hecha,
para el viage proyectado? *Fric.* No sé.

Ric. Pues dónde habrá ido?

Fric. Tampoco, amigo, lo alcanzo.

Ric. O Dios mio! Qué será esto?
Si algun traidor habrá osado::-
qué sospecha tan terrible!
tiembla mi enojo, si acaso::-

Asiendo del cuello á Guillermo.

Guill. Qué sospecha usted de mí?

Ric. Sospecho, que se han llevado
por fuerza á mi amada esposa;
y si un grito hubiera dado
fundamento á mi temor,
ya estarías sepultado.

Guill. Fuego!

Sale Selvi corriendo, y gritando desde adentro.

Selvi. Señor, unos hombres
de la tienda se han llevado
violentamente á tu hijo.

Ric. O Dios mio! Pues qué aguardo?
No sé por dónde salir.
Mortal estoy!

La confusion le hace dudar el lugar de la entrada. Vase, y Fric se apoya en el primer bastidor.

Fric. Hijo amado,
nieto de mi corazon!
tened piedad, cielo santo.

Guill. Bueno! Ya salió tambien,
y ya lo habrán agarrado.
Venga usted, venga. *Vase, y el Ministro.*

Fric. Qué impio!
A perderse vá Ricardo:
á todos los prenderán:
cómo vives, triste anciano?
Todo acabó para mí:
el terror me vá quitando
la débil fuerza. Ah Condesa!
En qué te hemos agraviado
que con tal rigor nos tratas?
Mas qué miro? No me engaño.
Mi Ricardo es! Hijo mio!

Salen Ricardo con un niño en la mano, en la otra un escoplo grande, o una hacha de carpintero, el cuello de la camisa roto, como trémulo, y la voz alterada, y el Ministro.

Ric. Padre, ya yo he recobrado
á mi hijo, huyeron todos;
son muy cobardes los malos;
solo á mi muger no he visto.
Ay señor! Usted me ha dado
al Ministro.
socorro: sin su favor,
triunfáran esos malvados.
Pero mi muger::- ay padre!
guarde usted este pedazo
de mi corazon, que voy
á saber dónde han llevado
la infeliz esposa mia.
Mas cielos! Qué estoy mirando!
ella viene aquí.

Sale Moli. O mi esposo! *con alegría.*
O padre mio! Vivamos;
respiremos sin horror.

Ric. En donde, Moli, has dexado
el niño? *Moli.* Seguro está:
los vecinos se juntaron,
yo les dixe::- me dixeron:

pe-

pero yo no sé lo que hablo.
He visto al Rey. Qué bondad!
Qué ternura! Qué agasajo!
Fric. Al Rey! Santo Dios! Le hablaste!
Moli. Sí señor, y me ha escuchado
con un agrado indecible.
Ric. Te escuchó? Sobre qué caso
le hablaste? Qué respondió?
Moli. La alegría me ha turbado
de modo, que no es posible
hacer un puntual relato:
únicamente me acuerdo
que tomándome la mano,
me ayudó su Magestad
á levantarme, y llamando
á uno de sus confidentes,
les dixo así. Yo no he dado
órden, para desterrar,
ni hacer el menor agravio
al Heredero de Darvi;
y el decreto que he firmado
contra Fric, y su familia,
le revoco ahora, usando
de mi Regia potestad,
porque fuí mal informado.
Dá noticia á la Condesa,
(y á los que hubiere enviado
para executar la órden)
de esto último, qué mando.
Ric. Ay Moli! tú me has perdido!
Fric. Toda esperanza has cerrado
de podernos conservar
unidos. *Moli.* Yo, padre, no hago
caso de mí, solo aspiro
á que mi amado Ricardo
recobre todo el honor
del esplendor heredado,
y esta accion ha de aplaudir
el Rey y todo el estado,
y aun la misma emulacion.
El Marqués dentro, llamando con mucha priesa.
Marq. Abrid pronto aquí, que traigo
una órden del Rey. *Moli.* Ay Dios!
El Marqués es, yo le abro.
Marq. Usted puede retirarse
con su gente; me ha mandado
el Rey decirselo así,
y respondo en todo caso
de la persona de Fric, *(vase el Ministro.*
la de su hija, y Ricardo.
Moli. Ves, Ricardo, como es cierto?
Marq. Su Magestad ha quedado
gozoso de haberte visto,
amable Moli, entró al quarto
de la Reyna, en que yo estaba,
y la contó todo el caso
de tu súplica; alabó
el honesto defensado
con que la hiciste, y el brio
de tu espíritu gallardo.
Moli. En verdad, que no me acuerdo,
sino es de haberme arrojado
á sus generosos pies,
y poniendo en su Real mano
vuestra carta, le mostré
el niño que iba en mis brazos,
le miró risueñamente,
y yo, reprimiendo el llanto,
hablé, y no sé lo que hablé.
Perdóname, esposo amado,
porque entónces no veía
sino tu riesgo; yà alcanzo
que la turbacion, y el susto
que padecí en aquel acto,
no pudieron producir,
un estilo acomodado
á la Magestad. *Marq.* No Moli,
hablaste con juicio tanto,
que el Rey quedó conmovido,
y de tal suerte, que quando
contó el suceso á la Reyna,

las lágrimas se asomaron
á los compasivos ojos
de nuestros dos Soberanos.
Decia el Rey: ¡O qué hazaña
digna de esculpirse en mármol,
no reclamar una ley
que rompe el amante lazo
de dos esposos! Enrique
abandona sus estados,
rentas, dignidad, y empleos,
por no mirarse apartado
de su muger, y esta misma
solicita lo contrario,
porque no pierda su esposo
la fortuna que ha heredado!
Vé, Marqués, me dixo á mí,
y preven á todos quantos
hubieren tenido parte
en los bienes confiscados
del Duque de Darvi, que
en el perentorio plazo
de tres dias, los entreguen
á Enrique, y de lo contrario
harás embargar los suyos.
Finalmente, me ha enviado,
à que de su proteccion
os dé los mayores rasgos.

Fric. Si supiera Vuecelencia
qué crueldades se han usado
con nosotros! *Ric.* Padre mio,
pido á usted que no aflijamos
esta alma sensible: el cielo
quiera que siempre ignorado
esté el insulto. *Moli.* Qué ha habido?

Ric. Tú eres un Angel baxado
del cielo para mi dicha,
de lo demas no hagas caso.
Y querrá el Rey, Marqués mio,
despues de esto separarnos?

Marq. No, Duque, porque la Reyna
que es de la piedad traslado,
ha intercedido por Moli;
y el Rey dexa ya aprobado
el Matrimonio, y me manda,
que lleve á Moli á Palacio,
con título de Duquesa
de Darvi. *Ric.* Monarca sabio,
Rey benigno, en mí tendrás
el mas humilde vasallo,
y el que con mas prontitud
en la lid, con tus contrarios,
oponga el pecho, en defensa
de su dueño Soberano.
Adorada esposa mia,
llega sin susto á mis brazos,
llega Duquesa de Darvi,
y llegad vos, padre amado,
porque los tres tributemos
nuestros rendimientos gratos
al Marqués. *se postran.*

Marq. Alzad, Señores.
Yo, querido Duque, no hallo
mérito en mí; solamente
en quanto aquí he executado
mi obligacion he cumplido
contigo desempeñando
la providad, y el honor,
con que debemos portarnos.

Fric. Hombre benéfico, digno,
de los generosos, y altos
elogios del todo el mundo;
tú serás recompensado
por el tesoro del Cielo;
porque no hacen los humanos
obra buena, que no tenga
en la eternidad el pago.

Tod. Y aquí acaba la comedia:
perdonad defectos tantos.

F I N.